

La garra judaica en Larrea

por *Cristóbal Serra*

Al hacer referencia a lo judaico, surge espontáneamente en la memoria del español la persecución de que fue objeto el judío, en los años ominosos de la Inquisición. Los indagadores de la causas de la saña antisemita inquisitorial no las dejaron siempre esclarecidas. Pero hay una, la envidia despertada por las riquezas de los judíos, que aparece como la más clara. Las causas más escondidas más bien forman parte del subconsciente religioso que escapa a toda explicación.

La Inquisición española legó al lenguaje popular y culto una serie de palabras que, al ser hoy escuchadas, causan el mismo horror que causaron al ser pronunciadas por primera vez. Auto de fe, sambenito, relapso, quemado en efígie, quemadero son vocablos todos ellos que representan a lo vivo la llama de la hoguera. Un fuego que no sólo abrasó al judío, pues, hubo sodomitas que acabaron en el brasero inquisitorial. Tan inhumano hecho explica que aragoneses y catalanes se hayan puesto en contra de los procesos por sodomía, usura, bigamia o nigromancia.

Las comunidades semitas no eran comunidades raciales, como se ha pretendido absurdamente. Eran un núcleo religioso al que unificaba una misma esperanza en un porvenir lejano. Se adaptaron a las estructuras de las sociedades occidentales, sacando el provecho que pudieron sin creer en ellas y sin defenderlas de verdad. Quedaron en cierto modo al margen de las leyes y tensiones propias de las naciones. Esta actitud judía, tanto desde el punto de vista social como desde el punto de vista intelectual, la justificaban sus autoridades religiosas mediante la idea de que Israel posee un caudal iniciático secreto. En esta religión privada de la posibilidad de llevar a cabo un sacrificio ritual completo a causa de la destrucción del Templo, el abandono de las preocupaciones ocultas talmúdicas, cabalísticas podía comprometer gravemente la cohesión del grupo. Este carácter creó un resentimiento contra ellos entre la población no judía, que dio pábulo a la leyenda de un Israel nigromántico, entregado a las prácticas misteriosas de la magia. Se trataba de un prejuicio vulgar, inaceptable, si se quiere, pero muy sintomático.

Tal fue el destino de esa comunidad que a la hinchazón del orgullo judaico unió la ebriedad de su misión única. Esto hizo que fuera proscrita en todas partes y tuviera que sufrir las pruebas más dolorosas.

Lo que se desprende de lo dicho es que el judío trae al mundo el misterio de Israel. Uso la palabra misterio porque el judío siempre ha sido portador de luz o de tinieblas y porque cuánto emana de él no carece de significación: o salva o pierde. Por otra parte, es el pueblo destructor por destruido, que será constructor cuando será reconstruido. Misteriosa paradoja, que la historia (en sentido profético) se encarga de ofrecer a nuestra consideración y que no siempre comprendieron los cristianos. De haber sido más comprensivos, no hubieran renegado —paradójicamente— de sus orígenes.

No es ocioso decir que no lograron borrar sus raíces, ya que la moderna investigación bíblica se ha encargado de demostrar que el cristianismo originario era de inspiración hebraica.

Me parece oportuno este análisis de la inquietud religiosa de Israel, que provoca una reacción colectiva en la cristiandad, porque explica el amplio eco que lo judaico encontró en la mente de Larrea. En sus libros capitales (*Rendición de Espíritu*, *La Espada de la Paloma*, *Razón de Ser*) Larrea da muestras constantes de

que está asido por la "garra judaica". El lector de sus obras comprueba a cada paso que su judeo-cristianismo de signo profético es cayado que le asiste en su tormentosa andanza espiritual.

LARREA llegó a devorar literalmente los libros bíblicos, de acuerdo con la orden expresa que el Ángel dio a San

Juan en el misterioso libro del Apocalipsis. Y una vez que los hubo devorado, en un remedo muy bíblico, trató de explicar los hechos históricos por la vía imaginativa. En CORONA INCAICA confiesa sin rebozo el método seguido: "La historia sólo puede comprenderse como es debido mediante el ejercicio de la imaginación". Lo que en el lenguaje de Larrea, equivale al concurso del espíritu poético.

Naturalmente, al seguir la vía imaginativa, restó importancia a los menos imaginativos de los libros bíblicos y concedió un lugar preferente a los más figurados. Ni que decir tiene que antes tuvo presente la variante profética que la sapiencial. Larrea había de dar especial importancia al Apocalipsis y con él al Cuarto Evangelio joanino, que constituye un valiosísimo complemento del primero. Esto nos lleva a poder afirmar que el poeta vasco comulgaba más con el "mechuga" hebreo, tenido por alucinado entre los cuerdos de la "hokma", que con el sabio juicioso.

Para Larrea, el Apocalipsis fue el tablado que le permitió declamar su monólogo milenarista y despoticar contra un cristianismo esclerosado que, por falta de un ideal dinámico, yacía inerte. Si explotó con tanto ahinco el filón apocalíptico, fue debido a que, sin las figuras de este documento, no sabía explicarse el drama del ciclo judeo-cristiano que estaba a un tris de consumarse. Del conjunto de la obra larreana, se desprende que vivimos tiempos proféticos, que, al no se libremente recibidos en la luz, son impuestos en la fatalidad de la historia y sufridos en el rigor del destino.

LARREA se percató como nadie de, que, queramos o no, estamos vinculados a las rigurosas necesidades históricas y geográficas del movimiento judeo-cristiano. Y ello quizá pueda explicar que en RENDICION DE ESPIRITU —libro medular— escriba incansablemente de Jerusalén, de Roma, de Santiago de Compostela, y del enigmático pueblo vasco de cuya lengua nació la voz: IBERIA. Todos ellos pertenecen a su geografía simbólica y apocalíptica.



Juan Larrea

LARREA supo ver el peligro de esa corriente irresistible que arrastra al hombre contemporáneo y que le lleva a un finalismo imparables. Sabía que esta corriente. —EL SENTIDO DE LA HISTORIA— no tenía otra finalidad que establecer el dominio absoluto de LA CIUDAD TERRESTRE. Esto lo tuvo muy claro, y con el fin de oponerse a la corriente, se asió al sentido escatológico que los cristianos habían abandonado. De ese modo, entre sus manos, la escatología judeo-cristiana convirtiéndose en el sentido de la historia. Sin duda, eso le obsesionó, porque se hace abrumadora su insistencia sobre Babilonia, la Bestia, el Anti-Verbo y demás remos proféticos. Y eso prueba una vez más que llevó la "garra judaica" clavada en el espíritu. Su esencial antirromanismo procede del tronco judaico que le tiene agarrado. Hay expresiones suyas, rotundas por cierto, que hablan de este estado en que se halla preso por obra de la garra aludida: "Roma, la prostituida, poseída de furor mediterráneo, uterino, ha vuelto a for-

nicar con los Molochs de la fuerza, a victimar de nuevo al justo".

LARREA no se cansa de subrayar que la tríada constituida por el Dragón, la Bestia marina y el Falso Cordero es protagonista absoluta de la falsificación de la "Revelación primitiva". Y esto es para él un hecho grave que no tiene más remedio que denunciar, porque las tres bestias tienden a hacer realidad un "universalismo político" de fondo religioso. Eso es falsamente democrático por cuanto se funda aparentemente sobre un igualitarismo que quiere ser real, pero sólo obra como confusión de valores. Para Larrea estas fuerzas no son capaces de la verdadera unión por su naturaleza intrínseca. De aquí que atribuya a Roma, reina inmutable, el estado de conciencia que pudiera llamarse mediterráneo. Contra este tipo de civilización encontramos versos implacables en el Infierno del Dante.

Larrea examinó con lupa el Apocalipsis y tuvo presente, aunque no lo manifieste, que se trata de un libro tremen-

damente interpolado. Se resiente del método compilatorio pero contiene imágenes que no han muerto. En realidad del Apocalipsis sólo se puede dar una interpretación ideológica. Y esto es lo que a mi juicio hizo Larrea, que adaptó la visión escrituraria a su particular visión del mundo. Pero, no por eso se aparta del judeo-cristianismo, heredero de la tradición profética, que espera la bajada de la Jerusalén celeste. Según esta tradición, hay que preparar el Reino que se está aproximando, venciendo las tentaciones de los demonios que vagan en el desierto de las ruinas de la civilización idólatra, buscando un traidor capaz de ofrecerles su nueva morada (Iglesia, Estado, Secta), porque la divinidad mora en edificios que no fueron levantados por la mano del hombre.

La mentalidad judeo-cristiana, desgraciadamente, ha convertido en histórica la concepción original del REINO que ha llegado a ser una realidad "inmanente" que basta buscar para encontrarlo, siempre que se esté animado de buena voluntad. Se apoya esta concepción en el dicho evangélico: "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y las demás cosas se os darán por añadidura". Pero, en realidad, el Reino ha sido, por obra de los creyentes, proyectado fraudulentamente a un futuro inalcanzable (más bien, desde luego al más allá), mientras para los poderosos de la tierra ha llegado a ser una realidad presente y muy lucrativa.

Larrea debió pensar así, al desatar su furia contra el orden establecido. Después de hablar de los acontecimientos españoles del 36 y del fenómeno cristiano, dentro de cuya era la Historia, según él, se desenvuelve, escribe esas contundentes afirmaciones: "Según los documentos fehacientes de esta doctrina, el mundo o ciclo a que tal entidad pertenece tiene un fin. Sólo después de ese fin podrán alcanzar realidad las promesas expresadas por la figura de Cristo, intermediario, como participante de la doble naturaleza, entre Dios y el hombre: el reino pacífico por el que se clama en la

oración que él mismo enseñó a sus discípulos. Los textos que se refieren a la naturaleza de ese fin se hallan contenidos casi por entero en la revelación del Apocalipsis, tratado consagrado a tan terribles postrimerías".

El orden subordinado a Dios impone el orden en el mundo. El desorden que el hombre añade es adventicio, como el oleaje al mar. Podrán ser recias las tempestades, pero no pasarán de levantar aguas y crear espuma; pero el rigor del orden divino subyace, inquebrantable y sereno como las profundidades del océano.

Estas estructuras (este orden) las definió la Escritura. Allí es donde reside la llave de la escatología; allí existe el verdadero sentido de la Historia. De aquí que ésta no sea una serie de acontecimientos inconexos, sino acontecimientos eslabonados.

Con ello quiero reivindicar a Larrea, tan injustamente olvidado por unos y por otros, porque fue de los que pasó del tenebroso sentido de la Historia a la luminosa escatología. Y vasco-español tenía que ser intérprete tan lúcido, porque los eúscaros fueron en remotos tiempos el Pueblo del Sol y del Cordero. No creo que sea necesario recordar el papel que las "estatuas del Sol" desempeñan en las maldiciones de la Biblia o el que tiene en la Ley mosaica el Cordero Pascual.

MILOSZ en su APOCALIPSIS DE SAN JUAN DESCIFRADO afirma que España es cuna de la raza judeo-ibero-ibérica y ha remachado que los judíos y sus congéneres, los cananeos, tienen orígenes neolíticos hispánicos. Jorge M^a. Rivero, en su monumental "Cantabria, cuna de la Humanidad", afirma que todos los pueblos del planeta tienen una común ascendencia ibérica y que, en Peña Sagra, tuvo su cuna el pueblo judío. De aquí la presencia del nombre de Judea en esta comarca. La tesis de Rivero se funda en la toponimia y es admisible que nombres geográficos pudieron deformarse por medio de anagramas, comenzando por el de la patria edénica.

VERDES

LIBURUDENDA

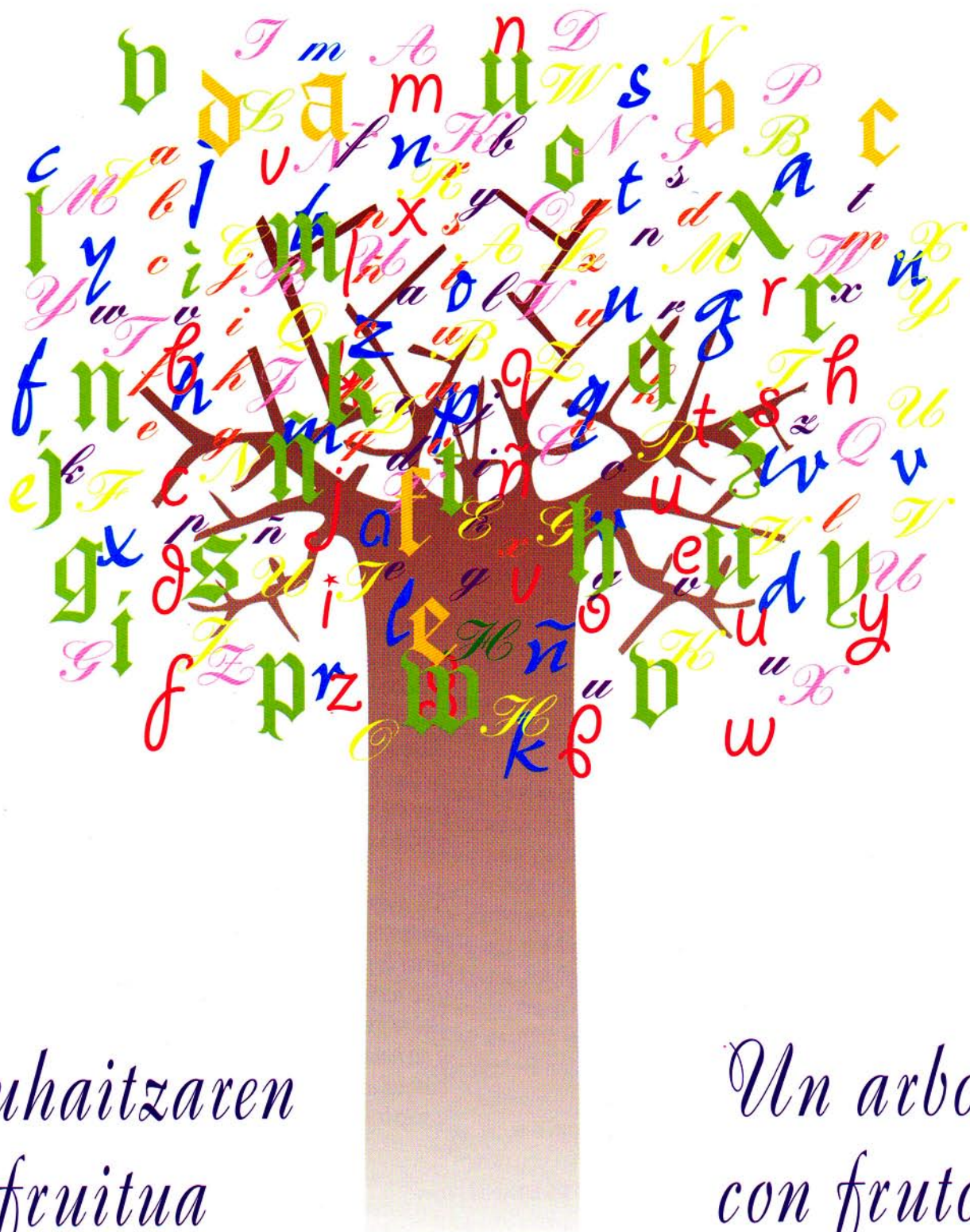
CORREO KALEA, 7

 **415 87 74 - 416 02 37**

48005 - BILBO

LARREA intuyó la importancia que para la interpretación tiene el juego de la palabra, rescatando así una vieja práctica cabalística hebrea. Suyas son esas palabras: "No es coincidencia la existente entre el nombre de IBERIA y los ibero-iberim (hebreos). A la lengua vasca se debe el vocablo Iberia, tan semejante al iberim, de la que proviene el río que da nombre al territorio peninsular, el EBRO, cuya inversión revela el concepto universal de ORBE." Como se ve, la relación entre ambos términos es la del cliché negativo y su impronta positiva.

Sabido es el papel que Larrea ha asignado al Nuevo Mundo y la importancia que ha concedido a la conquista de América. Es tal la trascendencia que asigna a la América hispana que, para él, la Virgen de Guadalupe pasa a ser la representación del Amor, la inversión hemisférica de Roma, la esposa celeste frente a la Ramera con la que han fornicado los héroes de la tierra. Y no deja de ser significativo, aunque pueda parecer delirante, que la investigación histórica ha llegado a la conclusión de que existen huellas judías evidentes en las creencias, costumbres y vida en general de los Indios de América. La prueba es que han quedado palabras que abonan la tesis, como pueden ser YUKATAN (de Yektan, descendiente de Noé) o PERU (del Parvaim bíblico). No digamos otras como el río UYACALI, que si no se encuentra directamente en la Biblia, puede componerse con palabras de cepa hebrea que los estudiosos se han encargado de enlazar.



*Zuhaitzaren
fruitua*

*Un arbol
con frutos*



■ Bizkaiko Foru Aldundia
Kultura Saila
Diputación Foral de Bizkaia
Departamento de cultura
■